

Mario Menéndez

Prehistoria de la Península Ibérica

**El progreso de la cognición,
el mestizaje y las desigualdades
durante más de un millón de años**

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Mario Menéndez Fernández, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
ISBN: 978-84-9181-602-7
Depósito legal: M. 16.672-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL,
ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Listado de abreviaturas empleadas en el texto	11
Introducción	13
1. Historiografía, medio ambiente y cronología de la Prehistoria peninsular	17
1. Historiografía de la Prehistoria española	17
1.1. Los inicios de una nueva ciencia	17
1.2. La primera parte del siglo xx	19
1.3. La segunda mitad del siglo xx y los tiempos actuales	20
2. El medio ambiente peninsular	22
2.1. La geografía de la Península Ibérica	22
3. La cronología y las grandes divisiones de la Prehistoria	24
3.1. La cronología	25
3.2. El Pleistoceno	27
3.3. El Holoceno	28
3.4. Las divisiones de la Prehistoria	30
3.5. Las sociedades cazadoras-recolectoras	32
3.6. Las sociedades productoras	35
2. El Paleolítico Inferior: Las primeras colonizaciones humanas de la Península Ibérica y su consolidación como un territorio habitado	39
Introducción	39
1. La colonización humana de la Península Ibérica en el contexto euroasiático ...	40
2. Cronología y medio ambiente peninsular durante el Paleolítico Inferior	45
3. El Paleolítico Inferior arcaico	49

4.	El Paleolítico Inferior clásico	52
5.	Los modelos de poblamiento y de subsistencia	54
6.	El mundo conceptual o simbólico	57
3.	El Paleolítico Medio: Los neandertales y su cultura musteriense	59
	Introducción	59
1.	Características generales	60
2.	El Paleolítico Medio ibérico en el contexto euroasiático	63
2.1.	La biología neandertal	63
2.2.	Los yacimientos musterienses euroasiáticos	66
3.	Cronología y medio ambiente del Paleolítico Medio ibérico	67
4.	El poblamiento ibérico y los principales yacimientos	68
5.	Los últimos neandertales	72
5.1.	El Chatelperroniense	72
5.2.	El Musteriense final	73
5.3.	La desaparición de los neandertales	74
6.	Los modos de vida neandertal y el mundo simbólico	74
6.1.	Los modos de vida	75
6.2.	El mundo simbólico neandertal	77
4.	El Paleolítico Superior: La presencia sapiens y el triunfo de la innovación y la diversidad	81
	Introducción	81
1.	Características generales del Paleolítico Superior	83
2.	La aparición y extensión de <i>H. sapiens</i>	86
3.	La colonización por <i>H. sapiens</i> de Iberia en el contexto euroasiático	88
4.	Cronología y medio ambiente del Paleolítico Superior ibérico	89
5.	La transición PM/PS en la Península Ibérica	91
6.	La ocupación progresiva de Iberia por <i>H. sapiens</i> : El Auriñaciense	93
7.	La consolidación de un modo de vida: El Gravetiense	96
8.	El repliegue y la fragmentación: El Solutrense	98
9.	La última cultura paneuropea de los cazadores-recolectores: El Magdaleniense ..	103
10.	Los modos de vida del Paleolítico Superior ibérico	107
5.	El largo final de los cazadores-recolectores postpaleolíticos: El Mesolítico	111
	Introducción	111
1.	Cronología y medio ambiente peninsular	112
2.	Características generales	115
3.	El Epipaleolítico	117
3.1.	El Aziliense	117
3.2.	El Epipaleolítico microlaminar	120
4.	El Mesolítico	121
4.1.	El área cantábrica	122
4.2.	El área mediterránea y el valle del Ebro	123
4.3.	Los concheros portugueses	124

6.	El desarrollo del simbolismo y el arte durante el Paleolítico	127
	Introducción	127
1.	El concepto de simbolismo y su desarrollo evolutivo	129
2.	Los marcadores arqueológicos del desarrollo simbólico en la Península Ibérica ...	130
2.1.	Los enterramientos	132
2.2.	Los adornos personales	135
3.	El arte mueble	136
4.	El arte rupestre o parietal	139
5.	El arte rupestre ibérico	142
6.	La interpretación del arte paleolítico	144
7.	La aparición de las sociedades campesinas en la Península Ibérica: El Neolítico	149
	Introducción	149
1.	El concepto de Neolítico y las causas de su aparición	151
2.	Los modelos del cambio	152
3.	El Neolítico ibérico en su contexto europeo	156
4.	El Neolítico en la Península Ibérica	160
5.	Los primeros agricultores y pastores ibéricos: El Neolítico Antiguo	161
5.1.	Las culturas arqueológicas	162
5.2.	La agricultura y la ganadería	163
5.3.	La vida y la muerte en el Neolítico Antiguo	165
6.	El Neolítico Medio	168
7.	El Neolítico Final	171
8.	El mundo simbólico del Neolítico ibérico	172
8.	De tribus a jefaturas. El comienzo de la desigualdad social: El Calcolítico y el Megalitismo	175
	Introducción	175
1.	El poblamiento peninsular y los tipos de hábitat	176
2.	La metalurgia del cobre	179
3.	La economía calcolítica	182
4.	El Campaniforme ibérico en el contexto europeo	184
5.	La sociedad ibérica durante el III milenio	188
6.	El Megalitismo	190
9.	De jefaturas a estados. La larga transición de la Edad del Bronce	195
	Introducción	195
1.	El contexto euroasiático de la Edad del Bronce	198
2.	El primer desarrollo de la Edad del Bronce en Iberia	200
2.1.	La cultura de El Argar	201
2.2.	Otras áreas peninsulares	205
3.	El Bronce Final	209
3.1.	La cultura de los Campos de Urnas	210
3.2.	El Bronce Final atlántico	211

10.	Arte y simbolismo de los pueblos postpaleolíticos peninsulares	217
	Introducción	217
	1. El arte rupestre levantino	220
	1.1. Temas y técnicas	221
	1.2. Cronología e interpretación	224
	2. El arte macroesquemático	226
	3. El arte esquemático	229
11.	La Prehistoria de la España Insular: Las islas Baleares y Canarias	237
	Introducción	237
	1. Las Islas Baleares	238
	2. Las Islas Canarias	243
12.	La Edad del Hierro y el final de la Prehistoria ibérica	251
	Introducción	251
	1. El contexto histórico de la Protohistoria ibérica	253
	2. La Iberia mediterránea y el golfo de Cádiz	256
	2.1. El reino de Tartessos y el periodo colonial	257
	2.2. La cultura ibérica	260
	3. El interior y el norte peninsular	267
	3.1. Celtas, celtíberos y celtizados en el interior peninsular	267
	3.2. Las salvajes y lejanas tierras del norte	272
	Epílogo	277
	Bibliografía	281
	Índice analítico	291

Listado de abreviaturas empleadas en el texto

a.C.: antes de Cristo.

b.C. (*before Christ*): antes de Cristo. Siglas cronológicas inglesas de uso internacional.

BP (*Before Present*): antes del presente. Siglas cronológicas inglesas de uso internacional.

C¹⁴: método físico-químico de datación basado en la desintegración de un isótopo del carbono que se aplica a la materia orgánica (carbón, hueso, etcétera).

Cal: datación que ha sido calibrada, es decir, corregida en su desviación por un método alternativo.

d: desde.

ESR (*Electron Spin Resonance*): método electromagnético de datación.

h: hasta.

HAM: humanos anatómicamente modernos.

k: miles.

ka: miles de años.

Ma: millones de años.

MT: modo tecnológico.

OIS (*Oxygen Isotope Stages*): oscilaciones climáticas marcadas en la curva de variaciones de isótopos del oxígeno.

OSL (*Optically Stimulated Luminescence*): método de datación que se aplica a materiales inorgánicos (sedimentos, cerámicas, ladrillos...).

PI: Paleolítico Inferior.

PM: Paleolítico Medio.

PS: Paleolítico Superior.

UAC: Último antepasado común.

Introducción

La Prehistoria, en cuanto ciencia que investiga a las sociedades humanas más remotas, ha sabido renovarse metodológicamente en las últimas décadas abandonando las tediosas descripciones tipológicas y adoptando una visión más antropológica, cercana, amable y comprensible por el público no especialista pero atraído por la Arqueología y la Historia. Por ello, cuando Alianza Editorial me propuso realizar una *Prehistoria de la Península Ibérica* para ese público interesado en la divulgación científica de nivel universitario, acepté de inmediato. Era consciente de la dificultad de abarcar un espacio cronológico y cultural tan amplio y tan diverso en una disciplina, la Prehistoria, que se ha especializado extraordinariamente en las dos últimas décadas. También se ha convertido, por fin, en una ciencia verdaderamente interdisciplinar. Por ello, los prehistoriadores elegimos en nuestras investigaciones y, por tanto, en nuestra formación, un «terreno de juego» determinado en el que nos movemos con cierta seguridad. El mío, tanto en la investigación como en la docencia, han sido las sociedades cazadoras y recolectoras del Paleolítico. Es inevitable sentirse un intruso, incluso un poco impostor, cuando se abordan temas que pueden estar muy alejados de nuestros trabajos habituales y que, indudablemente, exponemos con mayor torpeza y menor conocimiento. Pido disculpas por ello.

Siempre he admirado la capacidad de los grandes historiadores para hacer libros de síntesis, breves, rigurosos y claros. Las Historias de España de Pierre Villar, A. Domínguez Ortiz, F. García de Cortázar y otras varias

similares me parecen trabajos admirables. Y siempre, también, albergué la ilusión de intentar hacer algo similar con la Prehistoria, disciplina a la que he dedicado una vida de investigación y docencia. Salvando todas las distancias, este es el propósito que anima este libro. En esta misma editorial, Alianza, mi amigo y admirado colega Víctor Fernández publicó un libro sobre Prehistoria general en 2007 que, en cierto modo, se continúa y completa ahora al ahondar en la parte específica de la Península Ibérica. En su libro V. Fernández advierte contra la tentación de caer en la descripción de herramientas, armas, cerámicas, obras de arte, etc., que constituyen el registro arqueológico que permite al investigador formular hipótesis o rebatirlas. Es decir, hacer ciencia. Hago mía también esa voluntad de evitar la erudición arqueológica que apabulla al lector no especialista en la materia, muy justificada en otro tipo de textos docentes e investigadores, pero contraindicada a nuestras intenciones más divulgativas y centradas en los modos de vida y los comportamientos humanos. No es este, por tanto, un libro de investigación, aunque recoja algunas opiniones e hipótesis personales y originales; sino que he pretendido hacer una síntesis de la Prehistoria ibérica tomando las informaciones publicadas por otros muchos colegas a los que no se cita expresamente en el texto para evitar la continua reiteración de llamadas a las referencias bibliográficas. A todos ellos doy las gracias y pido disculpas si no fueron correctamente interpretados. Tampoco es un manual universitario de Prehistoria al uso, aunque espero que su lectura resulte de utilidad en la formación de quienes aspiran en grados y posgrados a aumentar sus conocimientos en torno a la Arqueología prehistórica.

El título de este libro es suficientemente concreto e ilustrativo de su contenido, pero quizá sea conveniente hacer algunas consideraciones al respecto. Aunque hablamos de la Península Ibérica, hemos incluido un capítulo sobre la Prehistoria de las Islas Baleares y las Islas Canarias, por razones evidentes de interés y oportunidad. Empleamos indistintamente en el texto los conceptos Iberia y Península Ibérica como sinónimos y suma territorial de los actuales estados de Portugal y España. *Iberia* es un concepto ambiguo y discutido, desde el punto de vista etimológico e historiográfico. Fue creado por los griegos para designar los territorios del «fin del mundo conocido» hacia Oriente y hacia Occidente. Había, por lo tanto, dos Iberias para los griegos a comienzos del primer milenio a.C. Una pónica, en el Cáucaso, y otra en los confines occidentales del Mediterráneo, en torno a las Columnas de Hércules (Gibraltar). Posteriormente fue un río (*Iber*), identificado alternativamente en el suroeste tartésico y en el noreste peninsular; y en el siglo v a.C. el geógrafo e historiador griego Heródoto lo identificó con un territorio peninsular en el occidente mediterráneo. Los romanos utilizaron este término (*Hiberia*), aunque a partir del siglo II a.C. comenzó a emplearse el de *Hispania* para toda la Península Ibérica, e inadecuado a la realidad política actual.

Sintetizar la Prehistoria de la Península Ibérica representa el intento de resumir un millón y medio de años. O, lo que es lo mismo, el 99,9% de nuestra historia como seres humanos en el continente europeo y, singularmente, en Iberia. Hacer digeribles las cronologías al lector no habituado a manejar estas cifras no es fácil. Requiere un esfuerzo añadido de comprensión para las grandes cifras en unidades de mil. Hemos tomado como referencia el cambio de Era, el año cero cristiano, para la Prehistoria más reciente por su vinculación inmediata a la Historia fenicio-púnica, griega y romana que están tan presentes en nuestra Protohistoria. Mientras mantenemos las edades *antes del presente* para la Prehistoria más antigua, hasta la aparición de las sociedades productoras neolíticas. El lector deberá hacer ese *décalage* cronológico para mantener la continuidad en el tiempo de los acontecimientos que se narran. No obstante, hemos evitado la reiteración de fechas calendáricas y de dataciones, salvo en los casos en que estas son especialmente relevantes, resumiendo los diferentes periodos en grandes horquillas cronológicas con fechas redondeadas. A veces, la excesiva precisión en situar en el tiempo los acontecimientos les resta protagonismo y claridad para su comprensión en un sentido más general.

La Prehistoria, aunque delimitó crecientemente los territorios ocupados y explotados por las bandas paleolíticas, las tribus neolíticas y las sociedades de jefaturas de la Edad de los Metales, fue un mundo sin fronteras nacionales. Por ello, y por sus modos de vida itinerantes, los fenómenos culturales son también muy extensos en el espacio. No es comprensible una Prehistoria ibérica al margen de su contexto europeo, mediterráneo y atlántico. Por esta razón hemos incluido en el texto de este libro frecuentes referencias a las culturas y los acontecimientos extrapeninsulares contemporáneos a los hechos narrados, intentando mejorar la comprensión y enriquecer los contenidos específicamente ibéricos.

En las últimas décadas la investigación interdisciplinaria ha logrado extraordinarios avances en la Arqueología prehistórica. Aún en los años ochenta del pasado siglo no se aceptaban como «rigurosas» las dataciones por encima de quinientos mil años (500 ka) para Europa o la Península Ibérica. La colaboración interdisciplinaria y haber sabido desprendernos de muchos prejuicios heredados ha multiplicado por tres esa cifra y, en la actualidad, ya nos acercamos a dataciones próximas al millón y medio de años (1,5 Ma) para el primer poblamiento humano de la Península Ibérica. Hace una década nuestro pariente biológico más próximo, con genética conocida, al que pudiéramos compararnos para ver qué nos distingue de los restantes mamíferos, era el chimpancé; y era solamente un sueño contar con el genoma de nuestro más próximo antepasado europeo, el *Homo neandertalensis*. En la actualidad, la genómica no deja de sorprendernos periódicamente, y cuando escribo estas líneas una revista científica publica la identificación de un individuo híbrido de neandertal y denisovano, la nueva

especie identificada en Siberia. Y en este avance tan notable en el conocimiento prehistórico, la Península Ibérica, la Iberia de los confines del mundo griego, ha tenido un protagonismo especial con yacimientos tan extraordinarios como el complejo de Atapuerca y la Cueva de El Sidrón. Y esa posición de fondo de saco euroasiático, donde se juntan lo mediterráneo y lo atlántico, lo europeo y lo africano, ha hecho de este apéndice de Europa una zona enriquecida por la mezcla y el mestizaje. Iberia ha sido la última frontera de la ola de avance neolítica que desde el Próximo Oriente revolucionó para siempre los modos de vida y nuestra relación con la naturaleza, creando el espacio que hoy, genéricamente, denominamos *Mundo Occidental* y al que pertenecemos por derecho propio. Fue área fuente y área refugio en fenómenos culturales tan importantes como el Megalitismo u otros. Se enriqueció material y culturalmente con el comercio de metales y sumó en su territorio lo semita y lo indoeuropeo, lo continental y lo mediterráneo, con resultados admirables. Por ello, la Prehistoria ibérica es tan rica y diversa, a la vez que tan compleja. Solo espero haber sabido resumirla con acierto y sin prejuicios, es decir, científicamente.

El historiador y profesor de la UAM (Universidad Autónoma de Madrid) Juan Pro Ruiz propuso este libro a Alianza Editorial y Cristina Castriello y Manuel Florentín, como sucesivos responsables editoriales del Grupo Anaya, le dieron forma. Algunos colegas aceptaron leer el manuscrito e hicieron aportaciones muy atinadas, y Pedro Márquez expresó didácticamente la compleja sucesión de acontecimientos y culturas en cuadros cronológicos muy intuitivos. Vaya para todos ellos mi agradecimiento. En el libro se ha mantenido la estructura tradicional de división de la Prehistoria en diferentes Edades y periodos internos, al modo académico de los programas universitarios. Sin duda, este modelo convencional facilitará la comprensión de un espacio de tiempo tan dilatado como el que hemos manejado; aunque, en ocasiones, resulta un corsé insoportable que se ve desbordado por la lenta progresividad de los cambios, difíciles de limitar; o por la realidad de los acontecimientos transversales a diferentes Edades y periodos, desdibujando el hilo continuo que es la Historia de la humanidad. Finalmente, incluimos al comienzo de la obra un listado de las abreviaturas utilizadas en la misma que será útil a aquellos lectores menos familiarizados con la literatura arqueológica. Para ellos, pero también para los estudiantes universitarios y para los que gustan de conocer la Arqueología y la Historia, hemos elaborado esta *Prehistoria de la Península Ibérica* con la pretensión de rigor, actualidad y exposición divulgativa. Esperamos haber conseguido los objetivos o, al menos, alguna de estas buenas intenciones.

1. Historiografía, medio ambiente y cronología de la Prehistoria peninsular

1. Historiografía de la Prehistoria española

1.1. Los inicios de una nueva ciencia

Como ocurre con todas las disciplinas, la construcción de la Prehistoria fue un largo proceso que marcó durante décadas su desarrollo y su propia naturaleza. Desde el nacimiento de esta nueva disciplina histórica, a mediados del siglo XIX, la ciencia prehistórica debió enfrentarse al pensamiento imperante, dominado por los prejuicios religiosos del creacionismo bíblico que mantenía un origen muy reciente para los humanos basándose en las genealogías bíblicas que situaban a Eva y Adán unos pocos miles de años atrás. Frente a esta idea, algunos geólogos, como G. Cuvier (1769-1832), habían ideado la explicación *Catastrofista* para demostrar mediante sucesivas «creaciones» las extinciones que las catástrofes naturales y los diluvios habían ocasionado. Pero la observación de algunos útiles líticos de clara factura humana acompañando faunas extintas otorgaba una antigüedad a nuestro género incompatible con el pensamiento oficial. Esto ocurría en 1832 cuando Boucher de Perthes, que pasa por ser el fundador de la Prehistoria, descubrió en Abbeville, en las terrazas del Somme, al norte de París, algunos bifaces o «hachas de mano» talladas en sílex acompañando a las mencionadas faunas «antediluvianas». En 1858 se produjo una similar circunstancia en la cueva británica de Brixhan y al año siguiente Ch. Darwin

publicó *El origen de las especies*. La ciencia prehistórica nació, por tanto, en Francia e Inglaterra de la mano de la Geología y la Paleontología; y la Biología la dotó de un marco teórico, el paradigma evolucionista, entonces denominado *transformismo biológico*. Pronto se extendió a otros países europeos, como Bélgica, Alemania y Dinamarca. Este origen marcó su desarrollo posterior como una ciencia necesariamente interdisciplinar, a medio camino entre las restantes disciplinas históricas y humanísticas y aquellas otras incluidas en el mundo de las ciencias experimentales. Su terminología y la metodología de trabajo que emplea para adquirir conocimiento y formular hipótesis denota claramente ese origen mixto.

En España, país muy conservador y apegado al tradicionalismo religioso a mediados del siglo XIX, estos descubrimientos tuvieron también su eco y comenzaron igualmente a aparecer algunas inquietudes intelectuales a propósito de la antigüedad humana, pero se formularon al margen de las teorías evolucionistas que no tendrán difusión hasta la Revolución Gloriosa de 1868. Unos años antes, el ingeniero de minas Casiano de Prado había recogido algunas piezas paleolíticas en las terrazas del río Manzanares y las guardó cuidadosamente en la Escuela de Minas de Madrid. La visita al Cerro de San Isidro que realizaron en 1862 M. Verneuil y L. Lartet, acompañados por el citado Casiano de Prado, con la observación de algunas piezas líticas achelenses, supone la entrada oficial de España entre los países europeos con presencia humana prehistórica. Esta circunstancia será corroborada al año siguiente por los arqueólogos ingleses Busk y Falconer, iniciando un largo periodo de tutela y dependencia extranjera para validar las aportaciones españolas a la joven ciencia prehistórica.

Generalmente, las nuevas disciplinas se consolidan como tales cuando pasan a formar parte de las instituciones oficiales y entran en los planes de estudio universitarios. Juan Vilanova (1821-1893), catedrático de Geología y Paleontología, de talante conservador e ideología creacionista, heredó también las inquietudes de Casiano. La Escuela de Minas de Madrid incrementó sus fondos prehistóricos y Vilanova dictó clases de Prehistoria en el Ateneo de Madrid, entró en la Real Academia de la Historia y vinculó la Prehistoria con la Antropología en la Sociedad Antropológica española. Sin embargo, la Prehistoria aún no formaba parte de los planes docentes universitarios. En este ambiente de construcción incipiente de la ciencia prehistórica española se produjo el descubrimiento del arte rupestre paleolítico de la Cueva de Altamira en Santillana del Mar, Cantabria.

La restauración borbónica de 1875 en la persona de Alfonso XII supuso un retroceso en la difusión del paradigma darwinista, pero paradójicamente también un avance y consolidación de la Prehistoria en las instituciones. En 1879 Marcelino Sanz de Sautuola (1831-1888) descubrió, como decíamos, las pinturas y grabados rupestres de la Cueva de Altamira publicándolas al año siguiente. Vilanova le apoyó en su empeño de autoría pa-

leolítica para unas obras con tanta belleza, oficio y sensibilidad artística. Vio en las mismas la demostración del creacionismo al mostrar a los humanos prehistóricos con capacidades que se consideraban exclusivas de las sociedades desarrolladas. Los eruditos europeos que debían validarlas, singularmente E. de Carthailac, no estaban aún preparados para admitir un arte tan elaborado y sutil, y en el Congreso de Arqueología y Antropología Prehistórica de Lisboa de 1900 Sautuola fue acusado de falsario. En 1902, la Cueva de Altamira fue finalmente reconocida como auténtica y Sautuola, ya fallecido desde 1888, igualmente rehabilitado. La aparición de cuevas pintadas en Francia y una mayor madurez en los estudios paleolíticos europeos operaron el cambio de opinión de la «ciencia oficial». A partir de ese momento, diversas instituciones europeas van a enviar a sus especialistas a la Península Ibérica, inaugurándose una nueva época en la investigación prehistórica a comienzos del siglo xx y una especie de «fiebre del oro» en la búsqueda de arte rupestre prehistórico.

1.2. La primera parte del siglo xx

El primer tercio del siglo xx supuso la mayoría de edad de la ciencia prehistórica española de la mano de su internacionalización y de su entrada en las instituciones académicas. El reconocimiento de la Cueva de Altamira propició la llegada a España de personalidades como H. Breuil y H. Obermaier, junto a los cuales se formaron algunos relevantes prehistoriadores de ese momento, como el conde de la Vega del Sella. Se inició entonces una prospección sistemática que produjo el descubrimiento de alguno de los grandes yacimientos y cuevas con arte rupestre en el Cantábrico y la puesta en valor del Arte levantino en la cuenca mediterránea peninsular. En el sur continuaron los trabajos de dos ingenieros holandeses, los hermanos Siret; y Obermaier, tras las excavaciones arqueológicas de la Cueva del Castillo publicó en 1916 *El hombre fósil*, verdadera síntesis de los conocimientos prehistóricos del momento, que debió ser revisada en la nueva edición de 1925 por el cúmulo de informaciones aparecidas en esa década.

Las ideas regeneracionistas intentaron abrir e internacionalizar a la ciencia española con iniciativas como la creación de la *Junta para la Ampliación de Estudios* que permitió formarse en Europa a investigadores españoles como P. Bosch Gimpera, E. Hernández Pacheco o J. Martínez Santa-Olalla. En 1912 se creó la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (CIIP), dentro del Museo Nacional de Ciencias Naturales, que bajo la dirección del catedrático de Geología E. Hernández Pacheco reunió a los prehistoriadores españoles con sus colegas europeos y realizó una meritoria labor editorial. En 1917, la ciencia prehistórica española, hasta entonces alojada en la Real Academia de la Historia, entra en los planes de

estudio universitarios con la creación de la cátedra de Prehistoria que inaugura Bosch Gimpera en la Universidad de Barcelona y Obermaier con la cátedra de Historia Primitiva del Hombre en la Universidad Central de Madrid en 1922, tras un conflicto entre las facultades de Ciencias y Filosofía y Letras, considerando ambas que la nueva disciplina debía encuadrarse entre sus enseñanzas.

Esta brillante época para la historiografía de la Prehistoria en España permitió la convivencia de los investigadores españoles con destacados colegas europeos, importando también los modelos teóricos predominantes en Europa, como el *difusionismo*, que durante varias generaciones ha servido de explicación a la extensión de los cambios culturales y la búsqueda de su núcleo originario que lo vinculaba con el antiguo *evolucionismo unilíneal*; y el historicismo cultural o *normativismo* que otorga un papel esencial a la definición de los conjuntos materiales de las culturas arqueológicas. La Guerra Civil española de 1936 supuso el brusco final de este brillante periodo de crecimiento y consolidación de la ciencia prehistórica con la interrupción de su labor o el exilio de alguno de los grandes maestros, como P. Bosch Gimpera, J. M. de Baniandarán o H. Obermaier, interrumpiendo bruscamente también las relaciones internacionales de las instituciones y de los prehistoriadores españoles, así como las investigaciones en curso.

1.3. La segunda mitad del siglo xx y los tiempos actuales

La larga y dura postguerra no solamente supuso la salida de los más brillantes prehistoriadores, sino también el aislamiento internacional de la joven ciencia prehistórica española por la situación política de exclusión internacional del país y las ideas autárquicas de repliegue para la configuración del nuevo estado. J. Martínez Santa-Olalla, de ideología falangista y formación alemana, será el exponente de la permanente presencia del nuevo régimen en la universidad, donde sustituyó a Obermaier, y en las instituciones que gestionaban el patrimonio arqueológico. En la década de los años sesenta aparecen o se consolidan algunas acusadas personalidades, como Pericot, Maluquer, Beltrán, Arribas, Jordá, Ripoll... y, sobre todo, M. Almagro Basch, que gestionó la Arqueología y la Prehistoria española durante esa década y la siguiente. Este grupo de prehistoriadores, catedráticos todos ellos en diferentes universidades, marcaron un estilo de magisterio a gran nivel en campos diversos y heterogéneos de la Prehistoria, la Historia Antigua, la Epigrafía, la Numismática, etc., fundando nuevas revistas científicas, series de publicaciones especializadas y organizando congresos y reuniones internacionales. Así, la Prehistoria española comenzó poco a poco su vuelta a los foros europeos, sobre todo los fran-

ceses e italianos en un primer momento. También en esta década se produjo el acceso de las primeras mujeres a los departamentos universitarios de Prehistoria, como M.^a Ángeles Mezquiriz y Ana M.^a Muñoz. Previamente, las mujeres se habían relacionado profesionalmente con la investigación prehistórica por su relación familiar con destacados arqueólogos, como Encarnación Cabré; o por su trabajo en museos, como Concepción Fernández Chicarro o Matilde Escortel. Algunas excavaciones marcaron hitos en la metodología tradicional y la forma descriptiva de publicar los resultados hasta entonces. Los casos de Torralba y Ambrona (Soria) y Cueva de Morín (Cantabria) resultan emblemáticos en este sentido, así como el comienzo de cuestionarse los propios intentos de conocimiento, la teoría arqueológica, que llegaba del mundo anglosajón de la mano de la llamada *Nueva Arqueología*. Estos yacimientos y otros, como la Cueva del Juyo (Cantabria) o la colonia griega de Ampurias (Girona), fueron escuela de una nueva generación de prehistoriadores formada al amparo de los departamentos universitarios dirigidos por los profesores antes citados. También desde algunos museos arqueológicos provinciales o nacionales se realizaron meritorias labores de investigación, debiendo destacarse en este sentido las figuras de J. González Echeagaray y E. Aguirre.

La citada *Nueva Arqueología* llegó a España, tímidamente, en los años setenta y se consolidó en la década siguiente con una lectura más social del registro arqueológico peninsular. Una nueva generación de profesores universitarios tomó las riendas de la ciencia prehistórica con igualmente nuevos enfoques teóricos y una clara vocación internacional. Las universidades españolas comenzaron a salir progresivamente de su ensimismamiento y a desarrollar proyectos internacionales, sobre todo en África, Próximo Oriente y América, destacadamente desde los años noventa y la primera parte del siglo XXI. La interdisciplinariedad formará parte del nuevo modelo de investigación, alejando la vieja idea de las *ciencias auxiliares* y del intrusismo disciplinar. Los descubrimientos excepcionales, como los realizados en la Sierra de Atapuerca y otros sitios, mostrarán la madurez y adecuación a los estándares internacionales de investigación de las nuevas generaciones docentes e investigadoras. Igualmente se abrió paso un mayor interés social por el conocimiento de la Prehistoria paralelamente a una mejor labor divulgadora de los especialistas y una presentación más didáctica y amena de los museos y las exposiciones. En este sentido, la creación de las diferentes Comunidades Autónomas, con transferencias plenas en educación universitaria, conservación, restauración, etc., y las nuevas corporaciones municipales democráticas con responsabilidades en la formación de técnicos y defensa del patrimonio cultural acercaron la arqueología prehistórica a los ciudadanos y fomentaron un mayor conocimiento y aprecio de la misma.

2. El medio ambiente peninsular

2.1. La geografía de la Península Ibérica

La Península Ibérica se localiza en el extremo suroccidental del continente euroasiático y es la más meridional de las tres grandes penínsulas del sur de Europa. También es la más próxima a África. Este emplazamiento como *finis terrae* o *Far West*, así como su propia naturaleza geográfica, no solo condicionó la configuración de sus ecosistemas, sino también el modelo de desarrollo cultural y de relación con otras culturas extrapeninsulares. La Península Ibérica, la *Iberia* de los griegos antiguos, es mediterránea, pero también es atlántica; es europea, pero muy cercana a África.

A lo largo de toda la Prehistoria, grupos humanos e influencias culturales procedentes de Asia, incluso de África y naturalmente del propio continente europeo, han llegado a la Península Ibérica por las plataformas litorales europeas de la costa norte mediterránea, así como por las atlánticas. A veces con sorprendente rapidez desde un núcleo originario muy alejado, antes de la invención de los sistemas de navegación. Pero también a través de la cuenca danubiana, atravesando Centroeuropa. Por una u otra vía, los grupos humanos o las nuevas ideas van decantándose y transformándose en lo accidental de sus contenidos de manera que al final del largo corredor llega lo fundamental de la idea originaria, la esencia que moviliza el cambio cultural, desprovista de lo accesorio y lista para ser vertebrada con un estilo propio. Pero también, en ocasiones, llega enriquecida de matices locales adquiridos en su largo recorrido. Esta circunstancia, asociada a la marginalidad periférica y meridional de la Península Ibérica ha sido repetidamente destacada por la Arqueología prehistórica, además de convertir el solar hispano en zona refugio cuando los fríos climas glaciales cubrían de hielo gran parte de Europa con el consiguiente reflujó humano y cultural hacia el continente al cambiar estas circunstancias, como ocurrió igualmente con la península italiana y la balcánica. Además, la comunicación a través del istmo que une Iberia a Europa está obstaculizada por los Pirineos, sobre todo en los momentos glaciales más intensos del Pleistoceno, en el que esta cordillera se cubría de una gran masa de hielo, durante el Paleolítico. Ello ha servido a los partidarios del difusionismo para explicar las diferencias culturales que se observan entre los ámbitos mediterráneo y cantábrico como resultado de la dualidad que promovió la barrera pirenaica en las influencias que llegan a las plataformas costeras occidentales peninsulares, primeramente cantábricas y más vinculadas a la vía danubiana, por tanto, centroeuropeas; y las influencias orientales, esencialmente mediterráneas, que llegan a través de los pasos y la plataforma costera del Pirineo oriental. También las que llegan por el mar, favorecidas por la corriente marina de alta salinidad que discurre de este a oeste paralelamente a la ribera norte mediterrá-

nea, configurando un ámbito de influencia oriental en el arco mediterráneo peninsular presente desde el Neolítico; y las que llegan de la Europa atlántica y afectan al área transcantábrica y occidental. Veremos cómo en la Protohistoria peninsular la confluencia de ambas corrientes culturales favorecerá la aparición de brillantes emergencias culturales en las diferentes costas, pero también en el interior ibérico.

En los términos generales que nos interesan para explicar el poblamiento y las actividades humanas durante la Prehistoria, la Península Ibérica puede ser dividida en tres grandes unidades geológicas: el Macizo Ibérico, las Cadenas Alpinas y las Cuencas Terciarias. Estos tres grandes ámbitos se corresponden con lo que Hernández Pacheco denominó la *España silícea*, la *España caliza* y la *España arcillosa*. Un cuarto ámbito sería la *España insular*, que continúa la cadena alpina ibérica, de constitución caliza, en el caso de las Islas Baleares; y las Islas Canarias, de naturaleza esencialmente volcánica.

La primera de ellas, el Macizo Ibérico, ocupa la generalidad del sustrato peninsular, aunque aflora sobre todo en la mitad occidental de España y en la práctica totalidad de Portugal. Son los materiales más antiguos (paleozoicos) y erosionados, formados por rocas metamórficas como esquistos y pizarras, así como por granitos y cuarcitas. Es un paisaje de relieves suaves y cumbres aplanadas, con canchales en su base o acumulación de grandes bloques denominados «berrocales». Los valles están mayoritariamente formados por arenas silíceas y arcillas.

Las Cadenas Alpinas se formaron por la orogenia del mismo nombre que actuó durante el Mesozoico sobre las cuencas sedimentarias, formando relieves escarpados de calizas que se distribuyen por la Península en forma de Z invertida, con una línea septentrional formada por las cordilleras Pirenaica y Vasco-Cantábrica, una diagonal de dirección sureste con el Sistema Ibérico y una base suroeste con las Cordilleras Béticas. En este paisaje calcáreo son frecuentes las cuevas y abrigos que constituyeron lugares de habitación y de rituales simbólicos, como el arte rupestre y los enterramientos, a lo largo de toda la Prehistoria, pero sobre todo para las sociedades no productoras durante el Paleolítico y el Mesolítico. También las simas y dolinas que funcionaron en ocasiones como lugares abrigados de habitación o como trampas naturales y allí quedaron sepultados restos humanos y animales que aportan valiosas informaciones arqueológicas en la actualidad.

Finalmente, las llamadas Cuencas Terciarias o España arcillosa. Se trata de cuatro grandes cuencas sedimentarias de formación reciente, incluso cuaternaria en sus sedimentos más superficiales, formadas entre las cadenas alpinas y parcialmente plegadas en relieves suaves por la misma orogenia alpina, que reciben el nombre de los grandes ríos que les dieron salida al mar: Las Cuencas del Ebro, Duero, Tajo y Guadalquivir, además de algunas otras de menor extensión. Estas arcillas están acompañadas de otros

materiales blandos, como areniscas, yesos, margas, conglomerados..., sobre los que circulan los ríos formando valles amplios y excavando vertientes aterrazadas, así como llanuras aluviales en la costa. En este proceso erosivo, los estratos más duros resisten formando mesas o colinas horizontales que reciben diferentes denominaciones (tolmo, cabezo, cerro...) y han sido lugares frecuentes de hábitat en emplazamiento defensivo durante las edades del Bronce y del Hierro. Las terrazas fluviales, por el contrario, documentan casi en superficie ocupaciones al aire libre muy antiguas, sobre todo del Paleolítico Inferior y Medio. Estos ríos, como otros más modestos, funcionaron durante la Prehistoria como verdaderas vías de comunicación desde la periferia costera hacia el interior; además de representar, como veremos, ejes de territorialidad en sentido etnográfico, delimitando espacios más o menos amplios de identidad cultural exclusiva o compartida.

En resumen, el paisaje resultante de la interacción entre geología y clima (biotopo) permite el desarrollo de determinados recursos alimentarios (biocenosis) en cada uno de los macroespacios descritos y los microespacios diferenciados que contienen (ecosistemas). La supervivencia de los grupos humanos durante la Prehistoria, con un desarrollo tecnológico muy básico desde nuestro punto de vista actual, dependerá de las estrategias que el desarrollo cultural permita desplegar. Muchos ecosistemas ibéricos resultaron inadecuados o imposibles para el hábitat según qué estrategias de supervivencia se pudieran poner en marcha. Por ello, veremos que el poblamiento peninsular no fue uniforme durante la Prehistoria, según los datos disponibles en la actualidad. Unas regiones estuvieron más pobladas que otras, según qué épocas y modelo cultural. Si bien la tradición en la dirección hacia un tipo de yacimientos o cultura de la investigación arqueológica introdujo un sesgo en la muestra que puede desfigurar o exagerar los resultados del mapa de poblamiento resultante para un determinado periodo.

3. La cronología y las grandes divisiones de la Prehistoria

La Arqueología prehistórica, al contrario de lo que mucha gente piensa, no tiene como fin último la ordenación cronológica de los datos disponibles y los acontecimientos observados en el registro arqueológico; ni las divisiones culturales son una realidad objetiva por más que aparezcan como periodos homogéneos y bien diferenciados, cuya repetición parece otorgarles naturaleza y personalidad propia. Sin embargo, la Prehistoria peninsular abarca más del millón de años y casi todo este largo tiempo responde a un proceso continuo, evolutivo, de cambios graduales y lentos que se van acelerando exponencialmente desde la aparición de la economía de producción con el Neolítico. Por ello, parece necesario ordenarlo cronológicamente, dividirlo y etiquetarlo, para que resulten magnitudes manejables y más

fácilmente comprensibles. Es una forma de falsificación histórica útil y consentida que nos permite saber de qué estamos hablando en cada momento.

3.1. La cronología

En los últimos años se han producido algunos avances en cuanto a las técnicas de datación que han permitido afinar con mayor precisión las cronologías radiométricas obtenidas sobre materias orgánicas (carbono 14) y la ordenación de los acontecimientos más antiguos, más allá de 50 ka (cincuenta mil años), donde no alcanza el rango de este método. Se trata de los procedimientos de ultrafiltración que eliminan los contaminantes, fundamentalmente carbonatos, de las muestras C^{14} y, junto con los procedimientos de calibración, ajustan las dataciones hasta una horquilla más reducida y fiable (hasta un 98% de seguridad). Igualmente, los análisis de los isótopos O^{16} (oxígeno 16) y O^{18} (oxígeno 18) en los caparazones calcáreos de los foraminíferos de los fondos marinos y de las burbujas de oxígeno atrapadas en los hielos del Ártico y el Antártico muestran con gran sensibilidad no solo los grandes cambios climáticos (antiguas glaciaciones Gunz, Mindel, Riss y Würm), sino las pequeñas oscilaciones en el clima que quedan testimoniadas por el cambio de proporcionalidad entre estos dos isótopos del oxígeno. Estas oscilaciones, que pueden ser datadas, se conocen como OIS (*Oxygen Isotope Stage*) o MIS (*Marine Isotope Stage*), indistintamente. Nosotros seguiremos la primera denominación, más general, aunque hay una tendencia creciente a emplear la segunda. El paleoceanógrafo italoamericano C. Emiliani pudo establecer en los años cincuenta del pasado siglo hasta 16 OIS cuya curva de oscilación ponía imágenes a los cambios climáticos hasta algo más de 600 ka. En la actualidad, esta curva se ha precisado y alargado hasta más de 5 Ma (millones de años) con matices muy detallados en algunos tramos. Por tanto, tenemos la curva climática de los cambios de temperatura de toda la Prehistoria de la Península Ibérica, que comienza con la más antigua presencia humana hace 1,3 Ma relacionándose con el entorno de OIS 46, según los últimos hallazgos (fig. 1.1). Esta cronología se corresponde, desde el punto de vista geológico, con un desarrollo de nuestra Prehistoria ibérica que ocupa el 60% del Cuaternario, mientras la Historia escrita se reduce al 0,08%. Por tanto, según los datos actuales durante aproximadamente el 40% del Cuaternario la Península Ibérica fue un despoblado humano, como el resto del continente europeo. África y Asia tuvieron presencia del género *Homo* hace, al menos, 2,5 Ma y 1,8 Ma respectivamente. Esta última fecha asiática corresponde al yacimiento trascaucásico de Dmanisi (Georgia), a las puertas de Europa. No obstante, las fechas más antiguas de presencia humana europea, establecidas con seguridad, se han triplicado en las últimas décadas y los yacimientos de la Península Ibérica, como veremos, han tenido un papel especialmente relevante.